

ROBERT
BLOCH

HABLAME DE

HORROR

...NO ME DIGAS MAS COSAS TIERNAS



«Su fantasía y desmesura son tales, que nos da la impresión de que pertenece a otra raza de hombres, generadora de demencias, con enfoques absolutamente insospechados» ha dicho la crítica de Robert Bloch.

La selección, que ofrecemos en el presente volumen, es plenamente representativa de este brillante autor y constituye una obra digna de figurar entre los clásicos de la narrativa de horror y misterio.

CONVENIO DIABÓLICO

Black Bargain (1942)

Las cuatro de la madrugada.

Apago los neones antes de bruñir los grifos. En los de zumos de frutas, es coser y cantar. Pero el chocolate es viscoso y despidе un vapor lleno de grasa.

En el momento de iniciar la limpieza, siempre me pongo nervioso. De pie hasta las cinco de la madrugada todas las noches, y ¿qué gano con tanta fatiga? Varices. Varices y un surtido de un millar de rostros embrutecidos. Eso, eso; las varices no son nada al lado de un tal surtido. Y es que son de abrigo, mis clientes. Me los sé todos de memoria.

A primera hora de la tarde vienen las «Cocas». Las diviso a un kilómetro. Percibo sus cacareos de colegialas, sus grandes cascadas de cabellos castaños que no han visto un peine desde hace mucho tiempo, sus uñas mal cuidadas y esmaltadas con un color pasado de moda y unos espantosos calcetines que se salen de sus zapatones. «Cocas», todas ellas. Durante tres cuartos de hora esa tropa monopoliza la sala y te ensucia las mesitas con ceniza de cigarrillos, puntas de servilletas pringadas de rouge y salpicaduras por todas partes. Cada vez que una estudiante se acerca, pongo la mano, automáticamente, sobre la bomba de cola.

Al anochecer, tengo a los «ración doble». Los de camisa de deporte y brazos peludos. Son los «filtro». Los de ropa de trabajo y brazos tatuados, son los «sin filtro».

De vez en cuando cae un tío gordo. Es siempre un «cigarro puro». Si lleva gafas, es un «dos por treinta y cinco centavos». Si es un sin gafas, me basta con poner la caja sobre el mostrador. Diez centavos cada uno. Son unos habanos claros, largos y bien enrollados.

Resulta monótono. Los «decididos», que se van, indefectiblemente, con tabletas, bastones de caramelo o mantecado helado. Los «librería general», adolescentes altos y desgarbados que hojean las revistas de los estantes sin comprar nunca nada. Los «aguas minerales» con los pantalones fatigados por el diván de la casa. Las «bigudíes», que no se cansan de mirar por el rabillo del ojo el cochecito de niño dejado fuera. Después, a eso de las diez, las «perfecto con niña», unas damas gordas que juegan al «bingo», seguidas de cerca por los «chocolate con soda» a la salida de los cines. Pandillas que regresan de la feria, muchachas chillonas y mozalbetes coloradotes y despechugados a la última moda.

Esa turba entra y sale todo el santo día. Los que necesitan el «teléfono» a toda prisa; los viejos lelos y sus «sellos de a cinco», los celibatarios «dentífrico» y «hoja de afeitar».

Los retrato a todos al primer golpe de vista. Noche tras noche desfilan ante el mostrador. Ni siquiera sé por qué se toman la molestia de pedir lo que quieren. Me basta con mirarlos para conocer hasta sus menores deseos. Podría darles lo que necesitan sin ni siquiera preguntárselo.

O, mejor dicho, creo que no podría..., porque lo que necesita la mayoría de ellos es —por lo que a mí me consta— un buen ponche de arsénico.

¡Arsénico! Por Dios, ¡hace mucho tiempo que nadie me ha pedido que le preparase una receta! Ninguno de esos cretinos es capaz de pedir algo en la farmacia de un *drugstore*. ¡A fe que vale la pena haber estudiado farmacia! Me habrían bastado quince días de aprendizaje en el arte de verter chocolate derretido sobre los mantecados helados y un curso de un mes sobre la manera de colocar siluetas de

cartón en un escaparate de forma que resalten bien sus lozanos bustos. En fin...

Y en este instante entró él.

Oigo sus pasos, pero no me tomo la molestia de levantar la cabeza. Por diversión, trato de adivinar antes de mirarle. ¿Un «ración doble»? ¿un «dentífrico»?... ¡Bah, que se vaya al diablo! Cierro y me voy.

Los pasos se acercan al mostrador y yo sigo sin levantar la cabeza. Ahora se han detenido, tímidos. Yo sigo aparentando no haber oído nada. Luego ha venido esa tos insegura. Con ella ha bastado.

Tengo ante mí a un hombre de mediana edad, bajito y magro, con cabello de estopa y unas gafas sin aros cabalgando sobre una nariz chata. Los pliegues de su boca de rana subrayan la desesperación que manifiesta el rostro.

Lleva un traje ajado, de los de treinta y seis dólares y medio, una camisa avergonzada de haber sido blanca, y una corbata famélica; pero el verdadero ropaje que le cubre es la humildad. Esto, esa aura de resignación, lo envuelve por completo.

—Usted perdone... ¿Tendría tintura de acónito, por favor?

Vaya, de vez en cuando se produce un milagro. He ahí, por fin, la ocasión de preparar una fórmula. Sí, pero... Cuando un desesperado viene a pedir acónito, eso significa un suicidio.

—¿Acónito? —respondo levantando los hombros—. No sé...

El hombre sonrío dulcemente; o, mejor dicho, sus arrugas se combinan en una leve imitación de sonrisa. Aunque, en su cara, esa sonrisa no tiene un aire mucho más alegre que un ataque de tétanos.

—Ya sé lo que se figura —balbucea—. Pero se equivoca. Yo soy... soy químico. Hago algunos experimentos y necesitaría ciento treinta gramos de acónito enseguida. Y belladona, y... sí... ¿me permite?

Y en este instante saca el libro del bolsillo.

Yo inclino la cabeza... y debo confesar que ha valido la pena echar un vistazo. Es un libro con tapas de metal oxidado; un libro muy antiguo, por supuesto. Cuando las gruesas y amarillentas hojas desfilan bajo el pulgar tembloroso, unas partículas de polvo se escapan de la encuadernación. Al observar, veo que los imponentes caracteres negros son góticos, pero a esta distancia no puedo leer nada.

—Veamos, veamos... acónito, belladona... sí. Y luego, ya lo tengo... El gato, claro está... una noche sin luna... Hum... ¡Ah, sí, necesitaré fósforo, naturalmente! ¿Tiene usted greda azul...? Bien... creo que no hay más.

Empiezo a comprender. Pero ¿qué puede importarme eso? Una excentricidad más o menos no cambiará mucho mi existencia. Lo que importa por el momento es salir pronto de aquí y darme un buen pediluvio.

Me apresuro a ir en busca de las sustancias que me pide. Le miro de hito en hito desde detrás de la taquilla de preparados, pero él no se mueve de donde está... Se limita a seguir hojeando el libro negro con refuerzos metálicos, moviendo los labios. Envuelvo los géneros y le pregunto:

—¿Nada más, señor?

—Oh, sí..., ¿podría darme una docena de velas? De las grandes.

Abro un cajón y las busco entre el polvo.

—... Tendré que derretirlas para mezclarlas con la grasa...

—¿Dice usted...?

—Nada. Meditaba.

¡Claro! Es la clase de meditaciones que le vienen a uno mientras se pasea arriba y abajo encerrado en una celda.

Pero, en fin de cuentas, no es asunto mío. Así pues, le doy el paquete, sin reflexionar.

—Gracias. Es usted muy amable. Debo pedirle que extreme un poco más todavía su gentileza... y me cargue esto en cuenta.

¡Eso es el colmo!

—Es que, mire usted, de momento estoy sin blanca. Pero puedo asegurarle que muy pronto, dentro de tres días exactamente, se lo pagaré todo, seguro.

Una promesa muy persuasiva, a fe mía. Miren, el tipejo no me habría impulsado a ofrecerle ni siquiera una taza de café (es lo que piden generalmente, en lugar de acónito y velas), pero si por una parte sus palabras no me hacen ningún efecto, por otra sus ojos me conmueven. ¡Están tan solos detrás de esos lentes! Tan desesperadamente solos... Dos copitos de esperanza en el desierto desesperado de su semblante.

Muy bien. Que sueñe. Que se lleve a casa el viejo libro de sueños con tapas metálicas y que lleve a cabo sus locuras. Que encienda los cirios, que dibuje el círculo fosforescente, que recite las fórmulas, y que haga todo lo que le haya venido en gana.

No, no le habría invitado a café; pero sí podrá satisfacer su sueño.

—No importa, amigo. A todo el mundo le sucede alguna vez, eso de encontrarse en un mal paso.

No era el tono. No hubiera debido hablarle tan por encima del hombro. El caballero se pone tieso al instante; la boca se le crispa en uña mueca burlona... de superioridad, pueden creerlo ustedes.

—Yo no le pido limosna. No tema, buen hombre; recibirá su dinero. Dentro de tres días; fíjese bien en lo que le digo. Y ahora, buenas tardes. Tengo trabajo.

Y sale con el «buen hombre» en los labios... Yo no replíco nada. Pero lo cierto es que no logro dominar la curiosidad.

Esta noche, al regresar a casa, miro las calles sombrías con un nuevo interés. Las negras fachadas levantan una barricada detrás de la cual se urden misterios insondables. Mole contra mole, ya no son casas, sino tenebrosas ciudadelas de sueños. ¿En cuál de ellas se refugia aquel desconocido? ¿A qué extraños dioses invoca, y en qué buhardilla?

Vuelvo a percibir otra vez, por todas partes, la presencia de lo invisible, el lento reptar de lo innumerable detrás de la fachada de un *drugstore* y de una civilización notablemente industrializada. La gente sigue leyendo libros negros; hombres desconocidos, con los ojos saliéndoseles de las órbitas, andan hablando para sí mismos; hay cirios ardiendo en la noche; desaparece un gato de tejados, quizá rubricando un sacrificio de rito especial... Pero los pies me duelen, y entro en casa.

Siempre las mismas harinas lacteadas, las mismas bebidas dulces, vaselina, esparadrapo, redecillas para el cabello, gorros de baño, cigarrillos... ¿Y qué se saca de todo ello? Yo, una fuerte jaqueca.

Cuatro días después me encuentro, como de costumbre, detrás de mis grifos de soda. Poco importa que me esfuerce toda la noche en repetirme que no le espero; la verdad es que ardo de impaciencia. Lo percibo en el momento mismo en que se oye el tintín de la puerta. Casi la misma hora; no puede ser otro más que él... Los pies arrastrarán lentamente sus zapatos de Tom McCann...

No. Es el pisar vivo de un par de Oxford. Unos Oxford *made in England*, de esos que cuestan cuarenta dólares. Levanto la cabeza esta vez muy vivamente.

Es mi desconocido.

Por fin está ahí, vistiendo un traje azul de gran lujo, luciendo una camisa blanca que se completa con una bufan-

da de seda. Va afeitado, con sombrero y le han hecho la manicura; no cabe duda, le ha tocado la lotería.

—¡Salud ahí dentro!

Nada que desentone en esa voz... Nada que desentone de aquellas que se oyen desde hace muchos años por los pasillos de los hoteles, llenas de energía, de seguridad y de autoridad.

—Vaya, vaya...

Es todo lo que consigo decir.

Él cacarea. En su boca ya no aparece ni la menor arruga. Es una trompeta de mando. Una boca hecha para dar órdenes e instrucciones, y no para murmurar excusas. Una boca para pedir buenos menús, escoger vinos extrafinos y buenos habanos; una boca para que taxistas y mozos de hotel acudan enseguida.

—Sorprendido de verme, ¿no es cierto? Y, no obstante, ya le advertí que el cambio sólo requeriría tres días. Vengo a pagarle lo que le debo y a darle las gracias por su amabilidad.

Es bonito. No las frases de agradecimiento, sino el dinero. A mí me gusta el dinero. La idea de metértelo en el bolsillo cuando lo dabas por perdido te pone de un humor jovial.

—Entonces, sus oraciones han sido escuchadas, ¿eh? —le digo.

Su mirada se ensombrece.

—¿Oraciones?, ¿qué oraciones?

—Pues, ea, yo pensaba que...

—No le entiendo —corta seco, a pesar de que me ha comprendido perfectamente—. ¿Creía que lo que le compré el otro día era para algo maligno? Pues eran productos químicos de primera necesidad... sólo para llevar a buen término el experimento que le dije. Las velas, debo confesárselo, eran para alumbrar mi cuarto. El día anterior me habían cortado la electricidad.

En fin de cuentas, la explicación resulta lógica.

—Puedo decirle sin reparos que el experimento fue un éxito total. Sí, señor. Me fui sin rodeos a la casa Newsohm con los resultados obtenidos y me contrataron inmediatamente como director adjunto de investigaciones. ¡Imagínese qué cambio!

Newsohm es la mayor casa de productos químicos de esta parte del país. ¡Y llega él con sus andrajos y le contratan como director adjunto de investigaciones! Hay que verlo para creerlo.

—Bien, ahí está el dinero. Eran cinco dólares con treinta y nueve centavos, ¿no es verdad? ¿Tiene cambio de cincuenta?

—No, no lo tengo.

—Está bien así; quédese con todo.

Me niego; no sé por qué. No obstante, otra vez me tienta la curiosidad.

—Bien, entonces, le diré lo que haremos. Usted se disponía a cerrar, ¿no? ¿Por qué no bajamos hasta el bar de más abajo a beber una copa? Allí tendrán cambio. Hala, venga conmigo; tengo ganas de celebrarlo.

Y de este modo, cinco minutos después yo iba calle abajo en compañía de míster Fritz Gulther.

Elegimos una mesa y pedimos inmediatamente nuestras bebidas. No nos sentimos a gusto; ni él ni yo. Como si nos separase un secreto inconfesable, como si sospechara que mi compañero está en posesión de una ciencia monstruosa... y yo fuese la única persona del mundo en saber que detrás de aquella fachada de triunfo tapizada de inocencia se esconde el espectro de unos restos de naufragio que vinieron a parar aquí tres días atrás. Un espectro que me debe cinco dólares treinta y nueve centavos.

Ambos bebemos aprisa. El espectro se difumina un poco. Tomamos otro vaso... Yo me obstino en pagar la tercera ronda.

—Es un acontecimiento —arguyo.

El hombre ríe.

—Sin duda. Y permita que le diga que esto no para aquí. A partir de ahora me encumbraré tan aprisa que usted sentirá vértigo. Antes de seis meses seré el director de la empresa. El Gobierno nos hará los pedidos a montones, y tendremos que ampliar.

—Espere un poco —corto bruscamente, abandonando toda reserva—. Usted corre mucho. Si yo estuviera en su lugar, todavía me sentiría trastornado por lo vivido durante estos tres días últimos.

Fritz Gulther sonríe.

—¡Ah, eso! No podía fallar. Lo esperaba. ¿No se lo dije en la tienda? Llevaba un año trabajando en ello y sabía muy bien que había que esperar. No ha sido ninguna sorpresa, se lo aseguro. Lo había previsto todo. Estaba dispuesto a morir de hambre para llevar adelante aquellas investigaciones; y poco faltó para ello, se lo aseguro.

—Sin duda. —Es el tercer vaso que bebo, y me siento a mis anchas, perfectamente—. Cuando ha entrado en el establecimiento me he dicho: «¡He ahí un tipo que regresa del infierno!».

—Nada más cierto —responde Gulther—. Regreso del infierno, sí, en verdad. Pero... es una vieja historia, y por fin ha quedado atrás.

—Dígame, entre nosotros..., ¿con qué clase de magia...?

—¿Magia? ¿Magia? Yo no sé nada de magia.

—Claro que sí; usted entiende de magia, Gulther. ¿Y aquel librito negro con refuerzos de hierro que leía murmurando por la tienda?

—Química inorgánica —responde secamente—. Un libro alemán bastante antiguo. Hala, vacíe ese vaso, que ya llega el siguiente.

El siguiente nos lo han dejado sobre la mesa. Gulther empieza a charlar por los codos. De sus dos trajes nuevos, de su nuevo apartamento y del coche que se comprará la semana próxima. De cómo, en lo sucesivo, conseguirá todo

lo que anhela. Santo Dios, dejará turulatos a todos esos imbeciles que se han burlado de él todo el tiempo; pagará el dinero de la habitación a todas esas porteras engreídas; dará lo suyo a todos esos tenderos cascarrabias, a todos esos escépticos miserables que le repetían una y otra vez que era preciso tener el cerebro curiosamente reblandecido para estudiar de aquel modo.

Unos momentos después, se suaviza.

—¿Le gustaría trabajar en la Newsohm? Usted es un buen preparador de fórmulas de farmacia; sabe bastante de química y además es un buen chico. Son buenas cualidades..., pero, sobre todo, posee una imaginación terrible. ¿Qué me dice? Será mi secretario. Sí, eso es, mi secretario. Queda contratado desde mañana.

—¡Levanto mi vaso para celebrarlo!

La perspectiva me embriaga. La idea de abandonar aquella maldita tienda, con sus grifos de «coca» y sus «barriletes de sepia», acaba por emborracharme. Y el vaso siguiente, también, por supuesto.

En esto, empiezo a fijarme en una cosa.

Estamos sentados de espaldas a la pared y en el bar hay poca luz. A nuestro alrededor, unas parejas cuchichean con un acento monótono, formando una especie de silencio. Estamos sentados en la parte oscura, contra la pared. Miro mi sombra, torpe y vacilante de mí mismo, que reposa sobre la mesa. ¡Qué contraste con la silueta de mi compañero, erguida insólitamente!

Entonces, su sombra...

La veo. Él está sentado a la mesa, junto a mí..., pero su sombra está en la pared, ¡de pie!

—No quiero más whisky —digo al camarero, que se acercaba de nuevo.

Sigo fijándome en la sombra de mi cliente. El permanece sentado; pero la sombra está de pie. Es mayor que la mía, y más negra también. Para divertirme, muevo las manos en todos los sentidos, proyectando cabezas y otras

sombras chinescas en la pared. Mi compañero no me presta atención y se dirige al camarero con grandes gestos.

Pero su sombra no se mueve. Me quedo helado. La veo, clavo la mirada en ella y pruebo de mirar a otra parte. Mi amigo mueve las manos; pero la silueta negra permanece allí, inmóvil y silenciosa, con las manos colgando. Ahora distingo el perfil de la frente y la nariz de mi cliente. Son su frente y su nariz, no cabe duda.

—Oiga, Gulther, su sombra, ahí en la pared...

Empiezo a tartamudear, se me nubla la vista. Pero a través de las brumas del alcohol advierto que el otro me escudriña la conciencia.

Entonces Fritz Gulther se yergue y vuelve hacia mí un rostro de una palidez mortal. No mira su sombra, es en mí en quien clava la vista; parece como si, a través de mí, la clavase en alguna monstruosidad escondida detrás de mis ojos, en mi pensamiento, en mi cerebro. Se inclina hacia mí como sobre una especie de infierno que él sólo fuera capaz de ver.

—¿Qué sombra? —pregunta—. No hay nada que comentar acerca de mi sombra. Usted se equivoca, ¿sabe? Diga que se equivoca. Por lo demás, si vuelve a mencionarlo, le rompo la cara.

E, inmediatamente, Fritz Gulther se levanta y se va. Le veo cruzar el bar con paso rápido, pero un tanto inseguro. Detrás, lentamente y sin la menor vacilación, una gran sombra negra le sigue a través del local.

Si uno quiere emborrachar a otro para que hable, corre un gran riesgo de emborracharse más él mismo. Eso es lo que me pasa con Gulther. Aquí estoy, dispuesto a aceptar el ofrecimiento de un buen empleo de secretario particular. ¡Pero ahora tengo que arrastrarme con mi cuerpo borracho!

Han pasado dos días, y sigo diciéndome que soy un imbécil: sombras que no siguen los movimientos del cuerpo...,

¡no faltaba más! (¿Qué era la sombra de mi amigo la otra noche?... No era una sombra; era el whisky que había bebido... ¡Pues claro!).

Heme otra vez en el *drugstore*, recubriendo los helados con avellana picada y maldiciones. Poco ha faltado para que se me cayera todo sobre el mostrador en el momento en que ha entrado Fritz Gulther.

Viene directamente hacia mí, y yo le muestro una sonrisa fatigada.

—¿Puede dedicarme un minuto?

—Sin duda. En cuanto haya servido a esa gente de la sala.

Reparto los mantecados y vuelvo rápidamente. Gulther se ha encaramado a un taburete y se ha quitado el sombrero. Suda copiosamente.

—Mire..., quería pedirle excusas por el arrebato que tuve la otra noche.

—¡Olvídese de ello! No tuvo ninguna importancia, señor Gulther.

—Estaba un poco excitado, claro. El alcohol y el triunfo se me habían subido a la cabeza. No pensaba lo que decía..., quisiera que usted lo comprendiese. Estaba un poco nervioso, eso es todo. Las bromas de usted respecto a mi sombra... se parecían demasiado a las burlas de que me hacían objeto cuando me encerraba en mi cuarto a estudiar. La portera no se cansaba de acusarme de infinidad de barbaridades, chillaba diciendo que yo había disecado un gato, que quemaba incienso, que ensuciaba el suelo con tiza...

Yo no le he pedido que me cuente su vida, y todo eso se me antoja un poco histérico; pero, por el momento, Gulther representa su papel a la perfección. El sudor, la manera de temblarle y contraérsele los labios mientras habla...

—Pero, oiga, el motivo que me ha traído... ha sido ver si usted podría prepararme un calmante... No, no, nada de bromuros ni de aspirina; desde la otra noche estoy toman-

do potingues de éstos sin parar. El trabajo en la Newsom me deja literalmente agotado.

—Un momento; miraré de encontrarle algo.

Paso a la trastienda. Mientras preparo la mezcla, dirijo una mirada a Gulther por la puerta entreabierta.

Bueno, si he de decir la verdad, no es a Gulther a quien quiero ver, sino a su sombra.

¿Saben? Cuando un cliente está sentado en un taburete del mostrador, los fluorescentes de la fachada lo iluminan de tal modo que su sombra no es más que una mancha a sus pies.

La sombra de Gulther, en cambio, reproduce la silueta completa de su cuerpo. Es negra, densa, espesa.

Entorno los ojos. No sirve.

Pero lo más raro todavía es que la sombra parece proyectada paralelamente al cuerpo, en lugar de formar ángulo con él. Parece arrancar del pecho y no de los pies. No conozco la refracción, ni las leyes físicas de la luz, ni ninguna de esas cosas de la técnica. Lo único que sé es que Fritz Gulther tiene una gran sombra negra sentada en el suelo, a su lado, y que al verla corren por mi espinazo unos escalofríos tremendos.

No, no, no he bebido. Él, tampoco. Y la sombra, todavía menos. Los tres somos muy reales.

En este instante, Gulther vuelve a ponerse el sombrero.

La sombra, no. Permanece sentada, sencillamente. Agazapada.

Todo esto resulta cosa de locos.

La sombra no es más densa en un sitio que en otro, tiene una negrura uniforme y —descubro además este detalle— su contorno no es ni deshilachado ni difuminado, sino muy preciso.

Miro una y otra vez. Al cabo de unos instantes distingo un montón de cosas en las que no me había fijado. La sombra no lleva vestido alguno. Entonces, claro, ¿cómo habría podido ponerse el sombrero? Va desnuda. Pero es la de